

20. P. Pío Cañizar

El P. Pío Cañizar nació en Mazaleón (Teruel) en 1748. Estudió las primeras letras en Cretas y humanidades en el colegio de Alcañiz. Vistió el hábito escolapio en Peralta en 1762. Y al profesar en 1764, cambió su nombre Francisco Antonio por el de Pío. Estudió filosofía en Daroca 1764-1766 y teología 1767-1769. Terminó los estudios en 1769 y explicó la Retórica durante 18 años en Alcañiz, Daroca y Albarracín, y al mismo tiempo filosofía, por lo menos desde 1780. Pasó luego a Barbastro como profesor de teología de los juniors en 1787-1790. En Zaragoza nuevamente explicó la teología en 1790-1793. En 1793 le eligieron cronista del Ayuntamiento de Zaragoza. Fue nombrado Rector de Alcañiz (1794-1804), donde murió en 1808. En 1797 fue nombrado Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, uniendo así su nombre al de los académicos PP. Jericó y Traggia.

En los colegios donde estuvo organizó numerosas Academias, escribiendo discursos para ellas, como el famoso sobre la “Reivindicación de la Cultura Aragonesa”, pronunciado en Daroca en 1787. Hemos elegido, no obstante, unas páginas de su “Relación de los regocijos públicos con que la Augusta e Imperial Ciudad de Zaragoza obsequió a los Reyes NN. SS. Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbón, Sr. Príncipe de Asturias y SS. Infantes en su entrada y mansión en ella con motivo de su viaje a Barcelona para efectuar los Matrimonio del Sr. Don Fernando, Príncipe de Asturias, con la Señora Doña María Antonia, Princesa de Nápoles, y de la Señora Infanta Doña Isabel con el Sr. Príncipe heredero de Nápoles”.¹

CAPÍTULO I

Recibe Zaragoza la plausible noticia de la venida de SS. MM.

Primeras disposiciones para su recibimiento y obsequio

Esta imperial y Augusta Ciudad, Madre fecundísima de grandes Reyes, célebres sabios, y héroes esclarecidos, la primera de España, según San Isidoro, por la amenidad y delicia de sus campos, y la más distinguida en el mundo por la particular elección que hizo de ella la Reina de los Cielos, esperaba con la mayor ansia el feliz cumplimiento de la noticia que se había divulgado de que nuestro Piadoso y Católico Monarca el Señor Don Carlos IV (que Dios guarde) había determinado pasar a Barcelona en compañía de su amada Esposa la Reina nuestra Señora, y toda la Real Familia. Habiendo sido siempre el carácter de los zaragozanos el amor y lealtad a sus Augustos Monarcas, no había ciudadano, y con especialidad los Nobles Individuos del Ilustrísimo Ayuntamiento, que no desease una ocasión tan propicia para obsequiar y exceder si fuese posible al esplendor y opulencia con que se recibió en otro tiempo al Invictísimo Emperador Carlos V, a la magnificencia con que celebró sus Bodas el piadoso Don Felipe III, a la abundancia y profusión con que abasteció por seis meses al Ejército del Señor Don Felipe V, y finalmente a la grandeza y variedad de regocijos públicos con que obsequió en medio de vivas y aplausos al benéfico Padre de los Pueblos el Señor Don Carlos III.

Tales eran los deseos de Zaragoza cuando el Señor Don Blas Ramírez, Intendente General del Ejército y Reinos de Aragón, Navarra y Provincia de Guipúzcoa, y Caballero Corregidor de esta Ciudad, comunicó de oficio el 12 de junio a su Ayuntamiento la Real Orden dirigida por el Excelentísimo Señor Don Miguel Cayetano Soler, y a este por el Excelentísimo Señor Don Pedro Ceballos, en la que se le participaba para los efectos convenientes en el Ministerio de su cargo, haber resuelto SS. MM. hacer a fines del verano un viaje por Zaragoza a Barcelona a consecuencia de los Matrimonios del Príncipe Nuestro Señor con la Señora Doña María Antonia, Princesa de Nápoles, y de la Señora Infanta Doña Isabel con el Señor Príncipe Heredero de Nápoles, ajustados entre el Rey y Reina nuestros Señores, y los Señores Reyes de las Dos Sicilias.

Se comunica la noticia a las diversas instituciones y gremios de la ciudad, y estos se ofrecen a contribuir en el embellecimiento de la misma para la recepción:

La Real Casa de Ganaderos, un árbol de fuego.

¹ En nuestra Biblioteca Provincial, Papeles Varios 11/13 a. Editado en Zaragoza, Moreno, 1803. 201 p.

El Cuerpo General de Comercio, por medio de sus Diputados Don Miguel Dolz y Don Miguel Pescador, un carro triunfal por tres noches; adorno e iluminación por nueve, y un árbol de fuego en el sitio que se les señalase.

Los Cereros, Confiteros, Cordoneros y Tintoreros de Seda, el adorno e iluminación de la Cruz del Coso.

Los Horneros, un carro triunfal.

Los Cedaceros, Hormeros y Taconeros, la Boda aldeana.

Los Carpinteros, un arco de buena arquitectura.

Los Herreros, Cerrajeros y Maestros de Coches, con la ayuda en dinero de los Tintoreros de lana y Guarnicioneros, el Carro de Vulcano.

Los Sastres, Parejas a caballo.

Los Zapateros de obra prima y los Alpargateros, lo mismo.

Los Fabricantes de lana y Tundidores, la Mojiganga, construida y adornada de cuenta del Ayuntamiento.

Los Puñaleros, dos arcos en los extremos de la Calle de los Agujeros.

Los Aguadores, un arco en la entrada de la Calle de los Navarros, que corresponde a la Plaza del Pilar.

los Cesteros, adorno e iluminación en una parte de las espaciosa Calle de Predicadores.

Los Plateros, dos arcos a los extremos de la Platería, una valla a lo largo por ambos lados con la correspondiente iluminación en el Altar de Nuestra Señora del Pilar, y en él adorno de toda su Calle.

Los Boteros, Basteros, Zurradores y Guanteros, un tabernáculo iluminado con cera en la Plaza de San Antón.

Los Tafetaneros, un arco en la entrada de la Calle del Pilar.

Los Caldereros y Hojalateros, adorno iluminación en la Calle de la Mantería, con un hermoso surtidor y algunas poesías.

Los Estereros y Colchoneros, adorno de la Plaza de San Pedro Nolasco, y fachada de la Iglesia Parroquial de San Lorenzo.

Los Torneros, carretillas de cuerda de un extremo a otro del Mercado, y voladores en tres noches.

Los Pasteleros, el Dance pastoril.

Los Posadores, un arco en la Plaza del Pilar cerca de la casa del Comercio.

Antonio Fallo, fabricante de medias de seda, un arbolito de fuego.

Los Zapateros de obra segunda, cuatro arcos con iluminación en la Plaza de Santa Marta.

Los Sombreros y Cuberos, el adorno y luminaria de la Capilla de San Roque en la Calle del Coso.

Los Curtidores y Pergamineros, un Altar en las Tenerías, fuera de los muros de la ciudad.

Para el aumento de otras diversiones pusieron a disposición de la Junta algunas cantidades de dinero el Colegio de Albéitares, y los Gremios de Libreros, Tintoreros de lana, Guarnicioneros, Peluqueros, Esquiladores y Fabricantes de aguardiente, y así a estos como a todos los mencionados se les dio las más expresivas gracias por el esmero e interés con que procuraban el más cumplido obsequio de SS. MM.

Llegan, por fin, los Reyes a Zaragoza (Cap. III):

Luego que supo la Ilustrísima Ciudad del Excelentísimo Señor Sargento Mayor de Reales Guardias de Corps, el paraje y modo en que debía recibir a SS. MM., pasó a Palacio llevando adelante los Timbales y Clarines, Porteros y Maceros, y se formó en la escalera en dos filas para esperar el deseado arribo. La Real Audiencia, penetrada igualmente de amor y respeto a sus Soberanos, se colocó en el segundo salón de Palacio. Mientras que los dos Cuerpos más respetables del Reino aguardaban a sus Católicos Monarcas, Zaragoza toda, en alas de amor y fina lealtad, corría presurosa en crecido número de ciudadanos, y ocupaba los caminos hasta la Casa Blanca, de modo que puede decirse que quedó en aquella tarde casi desierta la Ciudad, tal

era el gentío que impelido dulcemente salía a recibir a sus Señores naturales y Padres benéficos, que tenían la bondad de venir a honrarles con su Real presencia. La tropa de esta guarnición y el primer Batallón del Regimiento de África, que vino desde Pamplona con este motivo, se tendió en las inmediaciones de la Ciudad, y con esta se veía mezclada una multitud de naturales y forasteros que anhelaban el dichoso momento de ver a sus Reyes Augustos. A las siete de la tarde del día 23 de agosto comenzó la artillería a hacer sus salvas en el Campo del Sepulcro, anunciando la próxima llegada; cuando he aquí que, entre los vivos, aplausos y alborozo del pueblo, llegan sus Majestades y Real Comitiva a las cercanías de Zaragoza por la carrera que pasa delante del Convento de PP. Capuchinos, cuya comunidad y la de Trinitarios Descalzos se presentaron formadas en ambos lados a prestarles sus obsequios y religiosos respetos.

Habiendo llegado a la Puerta del Carmen, tomaron por dirección del Excelentísimo Señor Capitán General el Paseo que guía por fuera de la Ciudad a las Puertas de Santa Engracia, Quemada y del Sol, hasta la del Palacio Arzobispal que mira al Ebro. En toda esta carrera eran repetidos los vivos y aclamaciones del inmenso gentío que había acudido a tributar filiales rendimientos a sus amorosos Padres y magníficos bienhechores. Entre la admiración y el contento no se oían otras voces que estas elevadas hasta el Cielo: *¡Viva el Rey Nuestro Señor! ¡Viva la Reina Nuestra Señora! ¡Viva el Señor Príncipe de Asturias don Fernando! ¡Vivan los señores Infantes!* Con tales aclamaciones entraron sus Majestades a las siete y media de la tarde poco más o menos en el Real Palacio, y el Ayuntamiento tuvo la honrosa satisfacción de rendirles sus debidos homenajes, y la de acompañarles hasta el segundo Salón de Palacio en que esperaba la Real Audiencia presidida por su Regente el Señor Don Miguel de Villava y Aybar, el cual luego que llegaron SS. MM. Dijo: *A los Reales Pies de V. M. tiene el honor de ponerse la Real Audiencia de Aragón*, cuya expresión respetuosa repitió a la Reina Nuestra Señora, al Serenísimo Señor Príncipe de Asturias y a toda la Real Familia, que manifestaron particular benignidad y agrado (...)

En el entretanto permaneció las puertas de Palacio un infinito pueblo hasta más de medianoche, manifestando todos en el semblante y ademanes su excesivo contento, y absortos con la presencia de sus Católicos Monarcas que, salieron a ver la primorosa y bien ordenada iluminación que habían dispuesto el Ilustrísimo Cabildo en la puerta de la Iglesia y torre de la Seo. No sabían apartarse de su amable vista, dando muestras del fino y sincero amor que inflamaba sus pechos, prueba la verdad nada equívoca del poderoso influjo que ejercen los Soberanos sobre los corazones de sus leales súbditos. Las campanas de todos los Templos y Comunidades Religiosas de la Ciudad, a que daba punto el Reloj mayor, anunciaban el gozo y alegría de los fieles Zaragozanos. En esa y en las dos noches siguientes se repitió el toque de campanas por una hora y la iluminación de toda la Ciudad desde las ocho hasta después de medianoche en virtud del bando que publicó el Señor Intendente Corregidor.

Quiere señalar el Padre Cañizar la particular contribución de las Escuelas Pías (Cap. IV):

Los Padres de las Escuelas Pías, cuyo instituto es enseñar a los niños la Piedad y las Letras, quisieron también, a pesar de la pobreza que los caracteriza, dar a sus discípulos una lección práctica del amor y obsequio que debe prestar todo buen vasallo a sus Soberanos, y de la obligación que incumbe a todo honrado vecino de tomar parte en los objetos honestos y públicos de su Patria. Movidos, pues, los dichos Padres de estas consideraciones y de las honras particulares con que se mira distinguido su instituto con nuestros actuales Soberanos, resolvieron adornar el frontis de su Iglesia, que da a la Calle de la Cedacería con el decoro y ostentación que su posibilidad les permitió. Primeramente, todos los plintos y demás partes de la arquitectura graciosa con que se halla construido, se imitó a varios jaspes; los entrepaños se dieron de medias tintas, y las tres estatuas, escudo de armas y demás adornos se colorearon a la italiana. La puerta se revistió con un arco de perspectiva y transparente, al que se unía un pabellón con el mejor gusto. Los nichos de las tres estatuas estaban también revestidos de iguales arcos adornados de luces puestas en vasos de colores, que colocados con simetría formaban tan vistosa iluminación que mereció justamente ser reputada por una de las principales del segundo orden. Sobre los dos nichos colaterales en los dos espaciosos entrepaños se veían dos círculos de un diámetro extraordinario, cuya circunferencia estaba también adornada con luces en vasos de colores charolados, y en su centro, bajo unos pabellones coronados, se leían estas inscripciones: *Viva*

Carlos IV y Luisa de Borbón. Los vuelos, arquitrabes y basas de todo el frontis y de las dos torres que le adornan se veían iluminados con cornucopias de lustre, faroles pintados, hachones y gran multitud de bombas, entre las que dos en particular eran el objeto de los espectadores por su tamaño extraordinario. Los primeros y segundos cuerpos de las dos Torres, y la parte de la Calle Castellana hasta la portería de dicho Colegio se veían decentemente adornados con exquisitos paños de Raz, y gran número de poesías escritas con primor en diferentes caracteres y metros, las que omitimos copiar aquí por haberse impreso aparte a fin de presentarlas a SS. MM., que manifestaron deseos de leerlas, y para que llegasen a noticia de todos los sentimientos de regocijo que ocupaban a dichos Padres y a sus Discípulos por ver en esta Ciudad a sus amados Soberanos y a toda la Familia Real.

El 2 de septiembre los Reyes salen para Barcelona, después de estar una semana en Zaragoza (Cap. 12):

A las cinco de la tarde de este día comenzó el repique de campanas en todas las Iglesias de esta Ciudad, anunciando la sensible noticia de la próxima partida de SS. MM. Toda Zaragoza corrió inmediatamente a ver a sus amados Reyes. Es increíble el inmenso gentío que se congregó en la Plaza de la Seo, en la Ribera del Ebro, no solo desde la Iglesia del Pilar hasta el Puente de Piedra, y desde éste hasta la entrada del de Tablas, si también en la parte opuesta y en toda la hermosa carrera desde el Real Convento de San Lázaro hasta el Puente del Gállego, de suerte que parecía haberse juntado la mayor parte del Reino a acompañar a los Zaragozanos en el justo sentimiento por la ausencia de los Augustos Soberanos, dulces Padres de la Patria. Salieron a las siete de la tarde para Villafranca de Ebro con el mismo acompañamiento y suntuoso aparato con que entraron en esta Ciudad el día 23 de agosto, cuya memoria será eterna en los corazones de los Aragoneses, y su agradecimiento a las bondades de toda la Real Comitiva, que se manifestó bien servida con estos obsequios, y anhelará incesantemente a que se proporcionen nuevos motivos de acreditar su amor, obediencia y obsequio a sus benéficos Soberanos.